



LEVILLAIN, Charles-Édouard, *Le Procès de Louis XIV. Une guerre psychologique. François-Paul de Lisola, citoyen du monde, ennemi de la France*

Cristina Bravo Lozano

Madrid Institute for Advanced Study-Universidad Autónoma de Madrid (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9919-1270>

cristina.bravo@uam.es

RESUMEN

Reseña: LEVILLAIN, Charles-Édouard, *Le Procès de Louis XIV. Une guerre psychologique. François-Paul de Lisola, citoyen du monde, ennemi de la France*. París: Éditions Tallandier, 2015; 400 págs.

PALABRAS CLAVE

Lisola; Luis XIV; Casa de Borbón; Casa de Austria; Propaganda.

El barón de Lisola fue, sin lugar a dudas, uno de los más insignes polemistas de la segunda mitad del siglo XVII. Con Luis XIV y su proyecto político como objeto de sus escritos, la agudeza de su pluma dio respuesta a los principales acontecimientos que conoció y experimentó durante sus distintas agencias al servicio del emperador. Presente en las más destacadas cortes y repúblicas europeas, las sucesivas misiones diplomáticas de François-Paul de Lisola le convirtieron en un personaje influyente en la escena política y la esfera pública europea. La recuperación historiográfica que hace Charles-Édouard Levillain de este aristócrata oriundo del Franco-Condado y su obra literaria revela la versatilidad de un hombre pragmático, instruido en leyes, observador avezado en la arena política y, sobre todo, crítico con la Francia del Rey Sol y sus aspiraciones expansionistas.

El libro que se reseña a continuación se presenta como un estudio prosopográfico de este hábil negociador y mente preclara al servicio de la Casa de Austria en las décadas centrales del Seiscientos. Desde la atalaya de representante del emperador Leopoldo I, el seguimiento pormenorizado de su correspondencia, conservada en distintos archivos europeos, descubre una faceta no tan común en el prototípico embajador del siglo XVII, la de polemista. En un marco de guerra de plumas, como señalase Héloïse Hermant, la labor publicística desarrollada por Lisola se imbrica con el contexto en que se generó, analizándose sistemáticamente los hechos y procesos históricos de los que fue testigo e intervino este autor durante sus estancias en Londres, Madrid o La Haya. En sus panfletos y libelos, algunos publicados bajo pseudónimo y otros atribuidos a su persona por su estilo característico, queda recogida su interpretación de la realidad circundante con una retórica directa y mordaz. Esta simbiosis de diplomático e ideólogo habsbúrgico permite al lector comprender las motivaciones intrínsecas de tan profundas reflexiones y la finalidad última de las palabras que plasmaba en papel: cuestionar la actuación política francesa y su avance militar en los antemurales flamenco y renano y, sobre todo, generar opinión anti-borbónica.

A lo largo de siete capítulos, el discurso de Levillain sobre Lisola desgana el curso de su maduración intelectual. Sin ocultar su postura opuesta a los designios de París, el barón inició su carrera polemista con un primer escrito datado en 1634. La oración panegírica que pronunció en la capital *comtoise* de Dole fue un reconocimiento a la memoria de la difunta archiduquesa Isabel Clara Eugenia, soberana y gobernadora de los Países Bajos meridionales. Este sermón fúnebre, una obra de juventud, ya apuntaba el potencial literario de este borgoñón por el ingenio y el manejo del lenguaje político vigente en la época. En este precedente de sus obras de madurez, exhibió una inclinación pro-habsbúrgica que se vería reforzada con la marcha del

aristócrata a Viena junto a Maximilian von Trauttmansdorf, en un escenario de guerra viva causado por los constantes ataques franceses a su tierra natal. La proximidad a uno de los principales ministros de confianza del emperador Fernando III condujeron a Lisola hasta Londres en su primera misión diplomática para dirimir el futuro del Palatinado, coincidiendo su labor con una coyuntura, la de la Guerra Civil inglesa, marcada por la inestabilidad política que se anunciaba como una oportunidad para los intereses del emperador. En medio de sus negociados, el cardenal Richelieu se convirtió en el foco de sus aceradas críticas, vinculadas a los contactos del *franc-comtois* con activos detractores del purpurado en la corte británica. Sin embargo, sería el ataque galo a Gravelines lo que llevase a Lisola a redactar un escrito político con interpretaciones de gran calado, basadas en los principios de la razón de Estado, acerca de la posición de Inglaterra y los Habsburgo en el tablero internacional.

Decidido e implicado en la lucha política, el barón respondió con su pluma a las dinámicas del poder y conflictos que le rodeaban. La cuestión de la *Devolución* centraría su principal obra: *Le Bouclier*. La reclamación de los derechos de la consorte real, la infanta española María Teresa de Austria, sobre el ducado de Brabante se sostenían sobre una base legal expuesta por tratadistas y apoyada en la propaganda política. En un ambiente pre-bélico y de ardientes controversias entre Madrid y Versalles, se fue generando un intenso debate jurídico entre reputados letrados leales a los Habsburgo y a los Borbón. Lisola no permaneció ajeno a esta querrela, pues sus escritos contra Francia le habían granjeado cierta fama internacional, sobre todo, durante su misión en la corte madrileña. En esta ocasión, el emperador Leopoldo I le envió como agente para, entre otros encargos, contrarrestar el discurso reivindicativo francés con su pluma. Dentro de este fenómeno de contestación, y dada su condición diplomática, su texto fue instrumentalizado al proponer una ofensiva que, desde el más puro pragmatismo político, pasaba por augurar una alianza de la Monarquía de España con las potencias reformadas para frenar los envites del monarca Borbón y mantener el equilibrio continental. En este punto, hubiera sido de interés la contraposición de las ideas y justificaciones de la *opera magna* de Lisola con la *Respuesta* que el jurista castellano Francisco Ramos del Manzano diera a la imprenta en 1667 para atajar la querrela brabanzona y limitar el impacto de una Francia que no dudó en recurrir a las armas para doblegar la voluntad de la reina gobernadora Mariana de Austria.

La génesis de *Le Bouclier* manifiesta su naturaleza dúplice: tratado jurídico y panfleto político. La conjunción de estas dos vertientes denota la clara intencionalidad del aristócrata borgoñón. Con un lenguaje directo y habilidoso, Lisola rebatía los tratados borbónicos y cuestionaba la validez de los supuestos derechos de la reina de Francia, calificándolos de «imaginarios». Desde su característica ironía, censuró la aspiración universalista de Luis XIV que subyacía en este movimiento reclamatorio. Por su alto contenido teórico-propagandístico, el texto fue traducido y difundido por toda Europa para generar una gran acogida entre los émulos del Rey Sol. En el Sacro Imperio, la obra sirvió de acicate para la movilización y la intervención con que resistir el empuje galo, mientras que en las Provincias Unidas los ministros franceses lo tacharon de libelo insolente. Sin embargo, para los ministros españoles venía a confirmar lo poco fundados de los argumentos de la *Devolución*. Coincidiendo con una nueva comisión del barón en Londres para la firma de la Triple Alianza de 1668, este escrito le acompañó hasta la corte Estuardo. Tanto la alta estima que gozaba Lisola entre otros representantes residentes -al igual que la popularidad de *Le Bouclier*- llevó al monarca británico Carlos II a financiar una traducción del original francés. El arraigo de sus ideas en el pensamiento inglés estimuló la corriente anti-borbónica que comenzaba a imperar en las islas Británicas. Su creciente influencia en el Parlamento fue cardinal por la coincidencia en la noción del balance de poder, recogida también en otros textos pro-habsbúrgicos que circulaban en la urbe y apelaban a la estrecha relación de la monarquía insular con las dos ramas de la Casa de Austria.

En 1668, poco después de la invasión gala del Franco Condado de Borgoña, se iniciaron las negociaciones de la paz de Aquisgrán, que pusieron fin a la guerra de *Devolución*. Las brillantes campañas de Luis XIV y sus mariscales habían coincidido con la salida del barón de Lisola de Londres. Los triunfos galos causaron un fuerte impacto en el *comtois*, contribuyendo a agudizar su francofobia. La desconfianza de las potencias europeas hacia las promesas borbónicas marcó un tratado que engendraría la ratificación de los acuerdos defensivos de asistencia mutua establecidos por la Triple Alianza. Sin embargo, cada actor tenía sus propios intereses. Por ejemplo, las Provincias Unidas respaldaban la conformación de un bloque unitario, con capacidad de intervención conjunta, tal y como proponía Lisola, para mantener el *status quo* preliminar a la guerra de 1667-1668. Se iniciaba, así, una campaña propagandística a través de distintos textos contrarios a las maniobras del Rey Sol en las que el barón tendría un lugar preferente. Tal fue la repercusión de la pluma del borgoñón que otros publicistas trataron de emular el estilo marcado por *Le Bouclier*. Escritos coetáneos

salidos de su mano, como *La France politique*, criticaban de nuevo la ambición universalista de la monarquía gala, ahora con fundamentos más sólidos tras la extensión del dominio francés en los Países Bajos españoles y las consecuencias políticas y territoriales derivadas de tal avance, en particular la creciente amenaza que comenzaba a cernirse sobre las Provincias Unidas. Estos movimientos anunciarían el estallido de un nuevo conflicto.

Durante su estancia en La Haya, aunque sin una embajada oficial, Lisola se insertó en distintos círculos neerlandeses y forjó contactos con los personajes más influyentes de la escena pública local. En ese tiempo, ante la ambigüedad de la garante Suecia, escribió un tratado político para acercar posiciones entre las Provincias Unidas, el Sacro Imperio y el reino sueco, reforzando el marco colaborativo de la Triple Alianza. La habilidad negociadora del borgoñón quedaba patente en su retórica y su extraordinaria lectura de la realidad política, lo que le hacía capaz de anticipar las acciones francesas. En clave geoestratégica, sus esfuerzos se dirigirían hacia la conformación de una alianza antiborbónica reforzada sobre la nueva frontera dibujada en Aquisgrán. Estas propuestas finalmente quedaron invalidadas por la *Realpolitik*, pues ninguno de los artífices de la liga impidió la invasión gala de Lorena en 1670. La supuestamente anónima *La France démasquée*, surgida en este contexto bélico, no era una obra jurídica de proyección internacional, sino un escrito *de ocasión* tendente a advertir el avance *oculto* del «tirano» Luis XIV.

Poco después, en 1671, vio la luz un nuevo panfleto atribuido a Lisola, *La politique du temps*, cargado de renovadas manifestaciones de rechazo al monarca Borbón. Si bien, para Levillain, no es del todo evidente que el opúsculo saliera de su pluma, en él se insistiría en las mismas lógicas universalistas del Rey Sol. En sí mismo, el texto constituía una obra de teorización política, muy propia de la discursiva del aristócrata *franc-comtois*. En todo caso, la obra representó un enésimo aviso a las potencias vecinas a Francia, particularmente las Provincias Unidas, y una apelación a la intervención inglesa contra el enemigo común galo.

En esta abierta guerra de plumas, la producción literaria de Lisola fue pronto replicada. En los albores de la guerra de Holanda, se anunció una refutación a *Le Bouclier* por Christophe de Maur. Este autor reconocía la vigencia del poder de las armas para justificar la *Devolución* brabantona en base a unos derechos «cuasi sucesorios». Maur no dudó en acusar al barón de orquestar la oposición intelectual contra el rey Luis, a la par que legitimaba cual guerra *justa* las hostilidades que se estaban iniciando en 1672.

En este nuevo enfrentamiento por tierra y por mar, los virajes políticos de Inglaterra inspirarían a Lisola el *Traité politique sur les mouvements présents de l'Angleterre contre ses intérêts et ses maximes fondamentales*, que ponderaba cuán sincera, estratégica o pragmática era la inicial alianza anglo-francesa. El barón atribuía a Carlos II Estuardo el papel de árbitro ante los conflictos continentales a través de su diplomacia, la presión naval en las costas atlánticas y del mar del Norte, y las potenciales incursiones militares que sus armas podrían realizar en puntos neurálgicos del tablero geopolítico europeo. Junto a estas premisas militares, el autor prosiguió desplegando su profunda formación jurídica sobre los principios de la razón de Estado, aunque sin obviar el factor religioso que, con potencias católicas y reformadas coaligadas de forma paradigmática, se hallaba presente en el presente conflicto.

François-Paul de Lisola fue testigo directo del avance del furor francés hacia el corazón de las Provincias Unidas y los sucesivos enfrentamientos que hubieran acabado con su independencia –si no hubiese acudido en su ayuda el gobernador general de Flandes, conde de Monterrey, y el enviado extraordinario español en La Haya, Manuel Francisco de Lira, como han demostrado recientes investigaciones historiográficas, aunque no el presente volumen-. El fulgurante avance de los ejércitos de Luis XIV por el Mosa y el Rin motivó nuevas incursiones de Lisola en el campo de la guerra de plumas. Junto a dos textos encaminados al malogrado gran pensionario Johan de Witt, se cree que el barón escribiría un nuevo texto, en 1673, donde expresaría cierta aversión hacia el estatúder Guillermo III de Orange, descrito como un sujeto problemático y ambicioso que podría socavar los cimientos de la República.

Un año antes, en octubre de 1672, se había firmado la alianza entre las Provincias Unidas, el Sacro Imperio, Inglaterra y España gracias a la hábil negociación del aristócrata borgoñón, quien intervino en el negociado como residente imperial en La Haya. La resolución favorable de las distintas misiones encomendadas por el emperador estaba convirtiendo a Lisola en una suerte de embajador *perpetuum mobile* contra Luis XIV y capaz de preservar los territorios imperiales del Círculo de Borgoña. Expectante a la contraofensiva que se preparaba en Versalles, el barón era partidario del empleo de las armas como el camino conducente a la paz y, para ello, proponía al obispado de Lieja como enclave defensivo con una poderosa guarnición española como punta de lanza de la coalición. Junto a ello, en términos tácticos, Lisola también propugnó divertir a

las tropas francesas por medio del propio príncipe de Orange para lanzar un contraataque cesáreo en suelo galo capaz de desatar una revuelta contra el Rey Sol.

Durante el transcurso de los combates militares o de la proposición de proyectos quiméricos, la guerra de opinión se recrudeció. Lisola adquirió un protagonismo decisivo. De hecho, obras de Wicquefort fueron asociadas al barón por su semejanza narrativa. Por el contrario, el borgoñón se oponía a la concepción que el tratadista neerlandés mostraba de la Triple Alianza en términos de unión confesional para hacer frente a la grandiosidad «monstruosa» de Francia. Esta diversidad de interpretaciones entre pensadores *aliados* se observaría en la gestión y tratamiento de asuntos como la fallida alianza matrimonial entre Jacobo, duque de York, y la archiduquesa Claudia Felicitas de Habsburgo, o el fracaso de alejar a Carlos II de Inglaterra de su inclinación natural hacia Francia.

La filia gala del soberano no impidió la firma del acuerdo anglo-neerlandés de 1674, coincidente en el tiempo con la ocupación borbónica de Franco Condado. De ese mismo año es el panfleto *La Sauce au Verjus*, compuesto por Lisola ante las intrigas llevadas a cabo por el embajador francés en la corte berlinesa del elector de Brandemburgo. En ese mismo texto, el borgoñón agitó las acusaciones contra las prácticas llevadas a cabo por las tropas de Luis XIV en Lieja como prueba de cómo se habían rebasado los límites en la forma de hacer la guerra. El opúsculo no dejaba de ser, por tanto, una desesperada llamada a la conservación de los Países Bajos pese a la manifiesta superioridad francesa.

Las ideas del barón de Lisola no perdían vigencia entre los coaligados, ni tampoco atención entre sus émulos. *Le Bouclier* no había encontrado una refutación suficientemente sólida en Francia, pese a los intentos del mencionado Christophe de Maur en censurar como un libro mal argumentado, basado en sofismas y falsedades, el tratado del borgoñón. Para el polemista galo, la vocación universalista de Francia no solo pasaba por derechos sucesorios, sino a una misión *religiosa* frente al Sacro Imperio y su titular, Leopoldo I.

En sus últimos meses de vida, François-Paul de Lisola no dejaría de participar activamente de la política europea, interviniendo con su retórica ante el espinoso *affaire* Fürstenberg para defender la autoridad del emperador frente a la simulada inmunidad diplomática esgrimida por este prelado proborbónico. Este incidente, que degeneró en la expulsión a Francia y el secuestro de los bienes germánicos del obispo, llevó al barón a hacer un alegato acerca de las implicaciones y ventajas inherentes al título de embajador, además de confrontar el modelo de gobierno de Leopoldo I frente a Luis XIV y su *tiránica* toma de decisiones.

Con el Franco Condado, su patria, ocupada por los ejércitos de Luis XIV, un Lisola enfermo expresó sus últimas voluntades. La sobriedad con que quería ser enterrado contrastaría con la fastuosidad que reinaba en esos días en Versalles con las celebraciones por la toma del condado borgoñón. Cuando la muerte del aristócrata se anunciaba próxima, uno de sus émulos publicó un texto zahiriéndole e intentando desprestigiarle ante la opinión pública europea. Sin embargo, en diciembre de 1674, pocos *políticos* se harían eco de tales descalificaciones. Para entonces desaparecería de la escena uno de los grandes polemistas, críticos y, evidentemente, censores de la figura universalista del Rey Sol. Como muestra Charles-Édouard Levillain en las conclusiones de *Le Procès de Louis XIV*, muchos autores siguieron el camino iniciado por François-Paul de Lisola, pero *Le Bouclier* se convirtió en la obra de culto que no llegaría a ser superada. Fuente de inspiración e imitación durante decenios, su sombra se alargó hasta bien entrado el Setecientos. La revalorización historiográfica que representa esta obra permite que, en el siglo XXI, siga descollando la singularidad y genialidad de un personaje audaz y complejo, transnacional y erudito, como el barón de Lisola.